A LA MUERTE DE MENENDEZ PIDAL

No asistí jamás a ninguna de sus clases universitarias pero siempre he tenido a Menéndez Pidal como maestro admirado y querido. Le he acompañado muchas noches hasta su casa desde el viejo Centro de Estudios Históricos de la calle de Almagro, mientras planeábamos la Historia de España-Espasa-Calpe. He caminado a su lado los caminos de El Escorial. He subido con él a Gredos. He cruzado en su compañía otros solares de la vieja y de la nueva Castilla. Le despedí en Burdeos cuando embarcaba rumbo a Cuba y a los Estados Unidos en 1937. He paseado junto a él por la Quinta Avenida neoyorquina... ¡ Con qué emoción le abracé cuando, a mi regreso de Italia a Buenos Aires en 1958, acudió a verme al aeródromo de Barajas! Mi vida desde mi juventud ha estado estrechamente vinculada a la amistad que, desde su altura, me brindaba. Su enfermedad primero y su muerte después me han producido un sentimiento de orfandad.

He disentido algunas de sus teorías *viva voce* y otras por escrito. Pero esa discusión, siempre respetuosa, no sólo no mermó en un ápice mi cariño devoto hacia él; fue en verdad el fruto de sus enseñanzas. Porque de Hinojosa, mi maestro directo, y de él aprendí a dudar y a buscar la verdad con ahinco.

Menéndez Pidal había consagrado su vida a igual empresa. La Providencia —una Providencia en la que no creyó hasta las postrimerías de su vida— fue extraordinariamente generosa con él. Le dotó de una aguda capacidad de análisis, de un gusto maravilloso para la investigación, de un placer singular por el trabajo con abandono de toda tentación que pudiera apartarle del mismo y de un talento excepcional para la construcción erudita.

Dios le hizo nacer miembro de la, en su hora, poderosísima familia de los Pidales, lo que facilitó sus días iniciales de estudiante. Le regaló por esposa a María Goyri, su compañera de carrera que fue su mujer providencia y su inteligente y eficazísima colaboradora y que le consagró su vida. Y le dio dos hijos y un nieto que

han seguido sus rutas. Es difícil conseguir en esta vida mercedes ni siquiera semejantes.

Don Ramón ha sabido empero aprovechar tantos graciosos dones encerrándose de por vida en una torre de marfil y trabajando en ella desasido del mundo; de ningún otro estudioso de su generación ni de las que han seguido a la suya, puede decirse otro tanto. Y ha sabido aprovechar los dones recibidos del Altísimo llevando una vida tan rigurosamente higiénica —paseos, marchas, ejercicios, sobriedad, castidad— que ha podido prolongarla hasta casi cien años en fecundísima y maravillosa actividad científica.

Siempre favorecido por Dios tuvo la fortuna de que su casa y su biblioteca y sus tesoros bibliográficos se salvaran de los desastres de la época roja y de la época fascista en que perecieron, alternativamente, los hogares, los papeles y los libros de otros estudiosos —los míos, por ejemplo— en las horas sombrías padecidas por España de 1936 a 1940.

Sólo su última y triste enfermedad le apartó de su prodigiosa tarea erudita.

El mismo día en que leí en *Le Monde* la noticia de su derrame cerebral me llegó a París una bellísima carta suya que he guardado como una reliquia; fue quizás la última que escribió de su puño y letra.

No puedo, ni quiero, reseñar, ni estudiar aquí su inmensa bibliografía. Sólo el registro de sus trabajos ocuparía largas páginas de estos *Cuadernos*. Son además sobradamente conocidos y han sido rigurosamente valorizados muchas veces. Me importa, empero, decir ahora que ninguna lengua neolatina ha logrado a la hora de hoy una obra como *Orígenes del español*; y que ninguno de los cantares de gesta de Occidente ha sido estudiado con la erudición histórico-filológica con que lo fue por don Ramón el Poema del Cid.

No son intangibles todas las numerosas teorías y afirmaciones de Menéndez Pidal. Muchas páginas de los más grandes historiadores han sido discutidas o rectificadas o pueden serlo. La ciencia es siempre avance, crítica, renovación. Pero, el formidable rigor científico y el enorme saber de don Ramón aseguran la vigencia de la gran mayoría de sus construcciones históricas.

Le han reprochado haberse dejado ganar por un f3rvido amor a Espa1a al escribir sus grandes obras. Yo juzgo un elogio tal reproche. 3Por qu3 avergonzarse de amar al pa3s donde hemos nacido y vivido, cuna y sepulcro de los nuestros, cuya lengua hablamos, del que hemos recibido una m3ltiple herencia temperamental y a cuyo destino estamos unidos? 3Por qu3 posponer ese amor al de ideolog3as, que pueden ayudar a mejorar la vida de la patria pero no substituir al conjunto de valores que integran la trama de la misma? 3Por qu3 desde1ar la propia para curvarse ante patrias for3neas, abultando torpezas que todos los pueblos cometieron, torpezas que con fruici3n se centraron otrora injustamente en nuestro ayer y que injustamente contin3an centr3ndose en 3l? 3Por qu3 considerarnos eternos deudores de las empresas culturales de los otros e incapaces de abrir en ellas caminos? 3Por qu3 menguar con mal disimulado papanatismo nuestras aventuras espirituales? 3Y por qu3 no intentar explicar nuestras aut3nticas flaquezas en funci3n de las dif3ciles misiones hist3ricas que nos toc3 cumplir?

El amor a la propia patria lleva a quien lo siente y llev3 a don Ram3n a estudiar las fallas de la comunidad hist3rica a que pertenecemos para transformar el presente y el futuro de la misma. Con su labor en la Junta para ampliaci3n de Estudios y en el Centro de Estudios Hist3ricos contribuy3 a cambiar la faz de la ciencia espa1ola.

Hombre de izquierda, falt3 a don Ram3n valor para sumarse al grupo de los que hemos preferido el exilio a la vida bajo el r3gimen que triunf3 en la guerra civil. Si 3l, Ortega, Marañ3n, P3rez de Ayala, Am3rico Castro y 3tros como ellos hubieran permanecido insumisos y al margen, habr3a habido una tercera Espa1a que habr3a quiz3s cambiado los destinos de todos los hispanos. Pero, tal vez, si don Ram3n me hubiera consultado, le hubiese dicho: "Vuelva Vd. a sus libros". En 1940 era ya un patriarca. En exculpaci3n de algunos de los citados debo declarar que los pueblos hispanoamericanos —excepto M3xico— no mostraron demasiada generosidad con nosotros. En Buenos Aires estuvo Ortega y le dejaron escapar. La Argentina ha hecho conmigo una excepci3n que me obliga a perdurable gratitud.

"A moro muerto, gran lanzada" dice el adagio. Ya hay quien est3 dispuesto a hacerle bueno con la memoria de don Ram3n.

Alguien ha descubierto tal propósito al socaire de un anuncio del Centro de Estudios Medievales de Valencia. Quiero advertirle de que no le será cómodo realizar su propósito. Don Ramón no está muerto, vive aún en sus obras. Y, además, mientras yo viva, mi lanza estará pronta a devolver el golpe en defensa del llorado y querido maestro.

CLAUDIO SÁNCHEZ-ALBORNOZ